

Testimonio

Ignacio Ellacuría: inteligencia y pasión por la justicia

Juan Antonio Senent de Frutos

Profesor de Filosofía del Derecho. Universidad de Sevilla

Quisiera en este espacio realizar algunas reflexiones sobre las orientaciones fundamentales que iluminaron el quehacer intelectual y la realización personal de Ignacio Ellacuría (Portugalete 1930, San Salvador 1989).

Ellacuría constituye hoy a los diez años de su muerte un personaje cuya memoria no deja indiferente a quien se enfrenta a ella. Aquí en España, constituyó para muchos un testigo de la difícil situación de los pueblos de América Latina especialmente durante la década de los años setenta y de los ochenta. Y se trataba de un testigo que infundía respeto y credibilidad porque además de transmitir la difícil hora de estos pueblos y en especial de la situación centroamericana, cuando estaba entre nosotros, impartiendo cursos, conferencias, o realizando entrevistas, era no sólo testigo de la situación en la que vivía su pueblo salvadoreño al que se incorporó desde joven, sino que también era alguien que vivió la pasión de las mayorías pobres porque tomó partido por ellas y por su defensa frente a las oligarquías centroamericanas y foráneas que sostenían la opresión.

Pero no sólo tuvo la sensibilidad y la honradez para ver lo que estaban viviendo, y para denunciarlo, sino que también tuvo que cargar en persona y como consecuencia de su compromiso, con la tergiversación de sus actitudes y acciones, con la oposición y en su caso también con la amenaza y con la persecución. Fue alguien que tuvo que soportar en muchas ocasiones la dis-

crepancia de quienes se sentían amenazados en su situación de poder ante los análisis o las propuestas de Ellacuría. Y la mayor oposición la vivió en forma de represión por la actividad académica y la proyección social que tomaba la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas de El Salvador, de la que siempre fue una destacada personalidad y Rector desde 1979 hasta su asesinato el 16 de Noviembre de 1989. La UCA fue objeto de múltiples atentados durante los setenta y los ochenta, y Ellacuría tuvo que exiliarse en dos ocasiones ante el aviso de la existencia de planes de los militares para acabar con él. Pero la persecución no fue sólo física, sino que tuvo también que hacer frente a la propaganda en forma de lo que se llegó a llamar en El Salvador «periodismo terrorista».

Estas circunstancias junto con otras, hacen que la memoria sobre Ignacio Ellacuría no sea unánime y también atrae la polémica, tanto en el ámbito público social como incluso en el de la Iglesia y a su modo, también en el del pensamiento. Una de las acusaciones más frecuentes y que buscaban su desprestigio y la legitimación de la persecución a la UCA, era la de que su postura y su actitud estaba a favor de la violencia. Debido a la postura pública que adoptó a lo largo del conflicto salvadoreño, fue muchas veces acusado de que su postura era más «violentadora» y en favor de la lucha armada que de otros intereses y valores.

Sin embargo, lo primero que buscó Ellacuría fue analizar lo más fielmente posible el contexto

en el que se da y en el que se genera la violencia. De este modo y no jugando dialécticamente con principios abstractos es como se puede entender y enjuiciar históricamente este fenómeno. Por ello, en primer lugar veía la necesidad de reconocer la violencia originaria, en la misma línea que anteriormente ya denunciara la Conferencia Episcopal de Medellín en 1968, que corresponde a la «injusticia estructural, la cual mantiene violentamente —a través de estructuras económicas, sociales, políticas y culturales— a la mayor de la población en situación de permanente violación de sus derechos humanos», y justamente esa situación en la que la mayoría vive en condiciones de miseria, no en razón de su desidia, sino en razón de que son explotadas o marginadas por las minorías privilegiadas, es la violencia que está provocando otras formas de violencia ulteriores. Frente al fenómeno de la violencia, señalaba Ellacuría que «la respuesta a la violencia estructural ha solido ser la violencia revolucionaria. Yo no creo que necesariamente se tengan que identificar siempre ‘revolución’ y ‘violencia’, pero a veces —y en el caso de El Salvador en concreto— se ha echado mano de la violencia guerrillera para combatir a lo que se estimaba una violencia estructural».

Ahora bien, también frente a la violencia guerrillera mantuvo Ellacuría su independencia de análisis y de posicionamiento, desde el intento de «humanizar el conflicto», «nos hemos dirigido a otros grupos, como el guerrillero, que combaten esa violencia de otra manera. En concreto, yo mismo he tenido unas conversaciones muy largas y muy críticas con uno de los combatientes guerrilleros más destacados, el comandante Villalobos. Igualmente, hemos estado peleando para que se haga el menor daño al menor número posible de gentes. Cuando conseguimos una declaración de la Comandancia Militar del FMLN de que no van a dañar a los civiles consideramos haber hecho un gran avance. Vamos a ver ahora si avanzamos un poco más a fin de que termine la guerra a través de las propuestas de negociación que hemos lanzado».

Pero no sólo era su autopercepción, sino que los propios dirigentes de la guerrilla, como Cienfuegos, también reconocieron esa función, «Ellacuría fue el hombre que hizo pensar a la Comandancia General del FMLN durante diez años de conflicto. Él era nuestro martilleo cons-

tante, el crítico que nos molestaba; y cómo serán las casualidades de la Historia que la última vez que le vimos, poco antes de su muerte, tuvimos uno de los mejores encuentros con él y tuvimos que darle la razón en muchas cosas que nos decía, como por ejemplo cuando nos reclamó lo de Peccorinni, intelectual de derechas, que nos decía que había sido una injusticia su muerte y se lo reconocimos; él nos hizo varias críticas constructivas, algunos actos que habíamos cometido, y se los reconocimos, purgamos una confesión de varias horas».

Por ello, señala Ellacuría sobre su papel y el de la UCA en el proceso, que «nuestro objetivo y nuestra lucha está en conseguir que termine la guerra y que termine la violencia estructural. Y, mientras tanto, conseguir que disminuya el daño que hace todo tipo de violencia dentro del país. Creemos que éste es un planteamiento mucho más pacifista que violentador». Este acercamiento a uno de los aspectos más polémicos de Ellacuría puede servir para adentrarnos no sólo en el conocimiento de su figura humana, sino también para mostrar *en acto* alguna de las claves intelectuales de la obra y de la persona de Ellacuría, y de la proyección que la misma pueda hoy tener.

Ciertamente fue una persona de una gran riqueza de facetas biográficas en las que llegó a destacar de forma eminente. Si nos ceñimos en este momento al campo intelectual¹ habría que destacar su labor como filósofo latinoamericano, y también como discípulo y principal colaborador de Xavier Zubiri; pero también como teólogo de la liberación comprometido con la necesidad de iluminar racionalmente la experiencia histórica de la Iglesia en América Latina. Además también dedicó buena parte de su esfuerzo intelectual al análisis político especialmente de la situación en El Salvador y el resto de Centroamérica. Como fruto de esta dedicación dejó una extensa obra de gran profundidad y vigor intelectual, una obra que cuando se haya publicado de forma conjunta en cada una de las líneas señaladas permitirá dar continuidad a la proyección que tuvo en vida este autor.

Por ello podemos señalar que se trata de una persona compleja en cualquiera de los momentos estructurales que destaquemos de su vida, pero aquí vamos a proponer algunas características que orientaron no sólo su realización perso-

nal sino que dotaron de sentido e inspiración su producción teórica.

Uno de los rasgos más destacados de la personalidad intelectual de este autor es su compromiso a favor de las víctimas de este mundo. Como he resaltado en el encabezamiento de este escrito, en Ellacuría encontramos una inteligencia apasionada por la justicia. Justicia que no es aquí un imperativo abstracto, sino la pasión de un pueblo que vive sin reconocimiento de su dignidad, que no puede sostener y desarrollar su propia humanidad. Por ello, no se trata de uno de los intereses entre otros, sino como recordaba Jon Sobrino, en Ellacuría no hay en primer lugar un afán o interés teórico ni tampoco una pasión por la libertad, sino en la medida en que eran camino o consecuencia de la búsqueda y realización de la justicia.

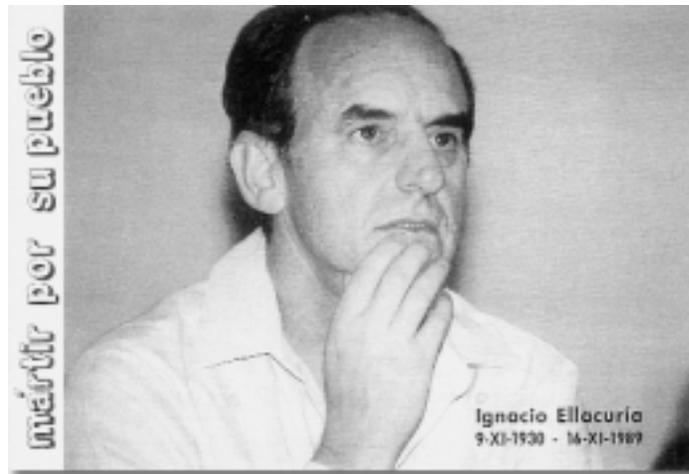
Por ello podemos señalar que esta vocación intelectual no nace últimamente de un afán puro de conocimiento, sino de una inteligencia compasiva que lo abre a la experiencia real del pueblo latinoamericano y más cercanamente al pueblo salvadoreño, dinamizando sus energías personales ante la urgencia del servicio de «bajar de la cruz a los pueblos crucificados».

Esta actitud de fondo le permitió a Ellacuría no incurrir en uno de los peligros más frecuentes de quienes ejercen una actividad intelectual, cual es la indiferencia ante lo que sucede, el mirar para otro lado y quedarse en el puro ejercicio retórico y erudito del diálogo continuo con otros autores sin atender primariamente a las cuestiones que desde la realidad se nos plantean. Sabedor de que toda actividad intelectual representa también una forma de actividad práctica, de que por tanto se está conformando por acción u omisión el mundo social en el que se está, reclamaba no sólo como propio de la función intelectual el *hacerse cargo*, sino también el *car-*

gar y *encargarse* de la realidad. Ciertamente esta actitud está más allá de la posición intelectual posmodernista, que pretende moverse en un acceso indoloro e impasible, desvinculado y descomprometido frente al mundo. Por el contrario, Ellacuría es testigo inmediato de que una búsqueda de conocimiento que asuma las exigencias éticas de la realidad en la que se está, y que responda con una opción liberadora, implica ser colocado «físicamente» en el centro del conflicto de este mundo, y de que esta opción desde una insobornable inteligencia que se nutre de la compasión puede suponer correr la misma suerte de aquellos a quienes se quiere servir.

Pero esta necesidad de hacerse cargo de la realidad para incidir refleja y responsablemente en ella, no sólo llevaba a Ellacuría a buscar la mediaciones científicas y teóricas que nos permitiera el máximo de conocimiento, sino también la necesidad constante de hacer una crítica a la ideología social que está vigente en cada momento. Por esto, buscar la verdad no es sólo superar la ignorancia con los datos y las teorías que nos ofrecen las ciencias, sino también desenmascarar la mentira que se presenta con apariencia de verdad, pues sobre ella no se puede edificar ninguna sociedad justa, y además no permite reconocer el verdadero carácter de las instituciones dominantes en nuestras sociedades, sino que muchas veces quedan encubiertas y justificadas gracias al propio discurso ideológico.

A su vez, para Ellacuría, cualquier ejercicio racional, y en particular la propia filosofía, aun contando con la especificidad de su objeto y de su método, ha de partir consciente y reflejamente del contexto concreto en que se desenvuelve, pero también ha de buscar la realidad histórica que lo totaliza. Desde el «marco de realidad» histórica de nuestro mundo, habría que buscar el conocimiento de aquello que constituye su dina-



mismo más radical, aquello que lo está configurando más decisivamente. Y ello será nuclear y vital porque cualquier conocimiento fragmentario que no llegue a un cierto conocimiento de lo que está moviendo y condicionando el conjunto de nuestro mundo histórico no podrá ofrecer una orientación ni una dirección sabia acerca de lo que puede y debe ser hecho. Esta búsqueda del entendimiento de nuestro orden histórico, supone tener hoy presente para Ellacuría que el hecho más decisivo del mundo actual, la verdad más masiva y configuradora de nuestro mundo, se actualiza hoy en la opresión que padece la mayor parte de la humanidad. Pero esta verdad masiva y fundamental no es la más presente, y no por mera ignorancia, sino porque su presencia y operatividad sería disfuncional para la continuidad del actual orden histórico.

Desde este rumbo intelectual tomado, una finalidad fundamental para Ellacuría es no sólo el conocimiento real de nuestro mundo, sino también su cambio de orientación de nuestro mundo configurado según Ellacuría por la civilización del capital y de la riqueza, y cuya lógica histórica fundamental es dominar para no ser dominado.

Por ello señalaba Ellacuría en su última intervención pública los retos intelectuales e históricos que se abren desde la perspectiva adoptada: «Lo que queda por hacer es mucho. Sólo utópica y esperanzadamente uno puede creer y tener ánimos para intentar con todos los pobres y oprimidos del mundo revertir la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección. Esta civilización está gravemente enferma y para evitar un desenlace fatídico y fatal, es necesario intentar cambiarla desde dentro de sí misma. Ayudar proféticamente y utópicamente a alimentar y provocar una conciencia colectiva de cambios sustanciales es ya de por sí un primer gran paso (...) Queda otro paso también fundamental y es el de crear modelos económicos, políticos y culturales que hagan posible una civilización del trabajo como sustitutiva de una civilización del capital. Y es aquí donde los intelectuales de todo tipo, esto es, los teóricos críticos de la realidad, tienen un reto y una tarea impostergables. No basta con la crítica y la destrucción, sino que se precisa una construcción que sirva de alternativa real».

Y justamente en esa búsqueda histórica, el cambio de rumbo nos llevaría a lo que en palabras de Ellacuría denominaba una civilización de

la pobreza y del trabajo que tiene como parte fundamental de su horizonte utópico los derechos humanos de los pueblos oprimidos, «donde la pobreza ya no sería la privación de lo necesario y fundamental debida a la acción histórica de grupos o clases sociales y de naciones o conjunto de naciones, sino un estado universal de cosas en que esté garantizada la satisfacción de las necesidades fundamentales, la libertad de las opciones personales y un ámbito de creatividad personal y comunitaria que permita la aparición de nuevas formas de vida y cultura, nuevas relaciones con la naturaleza, con los demás hombres, consigo mismo».

Un horizonte histórico con esta perspectiva utópica que se ve alimentado e impulsado, como recuerda Jon Sobrino, por la esperanza que «generan aquellos hombres y mujeres que, a pesar de todo y en contra de todos los obstáculos de una civilización egoísta, nos ofrecen generosidad, decisión de dar vida a los pobres, aunque en ello les vaya a ellos la propia vida. En una palabra, la esperanza procede del amor. Y si la expresión parece inadecuada por meliflua, piénsese qué otra realidad genera esperanza... Esta esperanza que se remite a los mártires la hemos visto a raudales aquí en El Salvador; pero en todas partes se intuye que la esperanza vive del amor de los grandes testigos. Simone Weil, Dietrich Bonhoeffer, Martin Luther King, Ita, Maura, Dorothy y Jean, Monseñor Romero podrán ser más o menos actuales por lo que atañe a su praxis concreta y a su pensamiento teórico; pero cuando los seres humanos buscan luz y ánimo para seguir caminando en la historia, en justicia, ternura y humildad, y cuando buscan transformarla y revertirla, siempre se vuelven a personas como ellos. También Ignacio Ellacuría, el intelectual, el práctico y el realista, se volvía a los mártires en busca de esperanza: «Toda esta sangre martirial derramada en El Salvador y en toda América Latina, lejos de mover al desánimo y a la desesperanza, infunde nuevo espíritu de lucha y nueva esperanza».

Nota

1. Una aproximación interesante a diversas facetas intelectuales de Ellacuría puede verse en «El legado de Ignacio Ellacuría. Para preparar el decenio de su martirio» de José Sols Lucia, *Cuadernos Cristianismo i Justicia*, nº 86, noviembre 1998, 32 pp. Por otra parte, para la significación ética y jurídica de la obra de Ellacuría, puede verse mi trabajo *Ellacuría y los Derechos Humanos*, ed. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1998, 216 pp.